

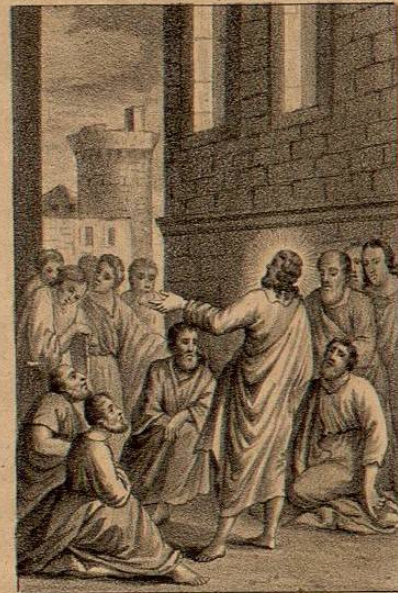
DOMINGO CUARTO

DESPUES DE PENTECOSTES.

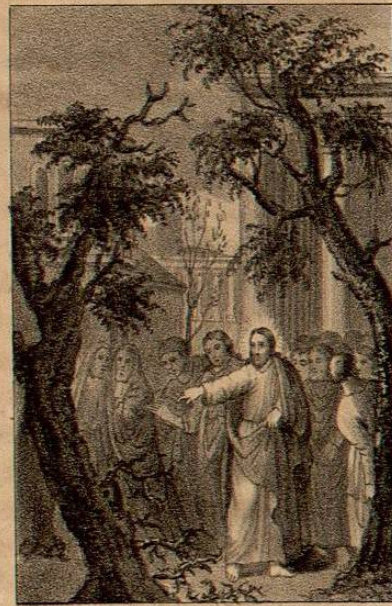
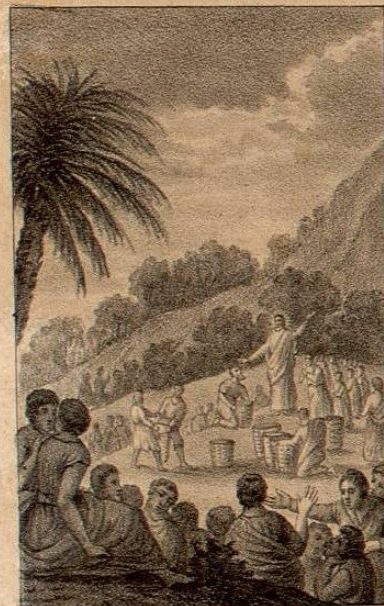
Si en el domingo precedente vemos la misericordia que el Señor usa con el pecador, cuando éste confía en su bondad, en este dia nos presenta grandes motivos para poseer esta virtud, inspirándonos los medios para tener esta suave y dulce confianza.

La misa empieza por este versículo del Salmo 26, *El Señor me manifiesta sus designios, y vela en mi conservacion, el Señor es mi luz, mi guia, mi apoyo, mi salud: en él está puesta toda mi confianza: ¿qué tengo que temer? ¿qué enemigo puede aterrarme, y qué riesgo puede darme cuidado? Bajo una tal proteccion no puedo perecer.* Encuentra aquí, dice San Agustin, alguno que sea mas poderoso que tu Dios, y entonces estará bien fundado tu temor y tu desconfianza. El Señor es el defensor de mi vida, y como dice el texto hebreo: El Señor es la fortaleza de mi vida. ¿Cómo podrán espantarme los mas grandes riesgos? Por mas que todos mis enemigos se liguen contra mí; por mas que esté en medio de las olas, agitado de los mas furiosos vientos, y amenazado á toda hora de un triste naufragio, siendo el Señor el defensor y la fortaleza de mi vida, nada puede, nada debe aterrarme. Agraviaria á la omnipotencia, á la sabiduría infinita, y la incomprendible bondad de mi divino protector, si temiera; mi temor seria una enorme desconfianza: ¿y debo yo desconfiar, despues de haber visto tantas veces frustrados por esta omnipotente proteccion los mayores esfuerzos de mis enemigos? A la verdad que no. En esta narracion nos muestra David la experiencia que tenia de la proteccion de su Dios, pues por último se ve vencedor de todos sus enemigos despues de tantos riesgos, persecuciones y reveses, y solo se ocupa en alabar á su Dios y perseverar en su santo temor.

La epístola se tomó de la carta de San Pablo á los roma.



Domingo 4.º despues de Pentecostes *Domingo 5.º despues de Pentecostes.*



Domingo 6.º despues de Pentecostes. *Domingo 7.º despues de Pentecostes.*

nos, donde el santo apóstol dice, que por el bautismo hemos recibido el espíritu de adopción que nos hace hijos de Dios y coherederos con Jesucristo, de la gloria futura, por la cual suspira todo fiel, reputando por nada todo lo que hay que padecer sobre la tierra, en comparación de la recompensa que nos está preparada en el cielo, á donde deben dirigirse todos nuestros deseos. "Estoy persuadido, nos dice el apóstol, á que las aflicciones del tiempo presente no tienen proporción alguna con la gloria futura, que resplandecerá en nosotros." Sería preciso comprender desde esta vida, lo que es esta gloria; sería preciso gustar sus dulzuras inefables, puras, llenas, perfectas, y que exceden á todo cuanto el espíritu humano puede sentir ó pensar; sería preciso estar como sumergidos en aquel torrente de delicias con que Dios embriaga á sus escogidos, para ver la infinita desproporción que hay entre lo que padecemos en este lugar de destierro, y la recompensa que nos está preparada en la patria celestial. Por unas pocas obras de humillación, ¡qué honra, qué gloria, buen Dios, en el cielo, donde el menor de los santos es el objeto de la admiración, del respeto, de la profunda veneración de los mas grandes monarcas del mundo! Finalmente, por cuatro momentos de penalidades y de aflicciones pasajeras, una felicidad pura y perfecta que no tendrá fin. "Nuestras aflicciones presentes que no duran sino un momento, y que son tan ligeras, nos producen un peso eterno de gloria, en un grado de altura mas allá de toda medida:" dice San Pablo en su segunda carta á los corintios. Y ciertamente, que esta vida comparada con la eternidad, no es mas que un instante indivisible, y no hay mas proporción entre las aflicciones de esta vida y la gloria de la otra, que la que hay entre este punto de tiempo imperceptible y toda la incomprensible eternidad. Este es aquel dichoso encanto, que trueca en lágrimas de gozo, las que el dolor hace derramar durante esta vida. He hecho, dice San Agustín, cotejo de lo que padezco con lo que espero, y hallo que el peso de mis trabajos es infinitamente mas ligero, que el peso de gloria que produce. Suframos por un poco de tiempo las tri-

bulaciones: consolemonos con que á nuestras penas se seguirá un descanso eterno. Aunque la gloria de la otra vida no tiene proporcion alguna con nuestros trabajos, tomados en sí mismos, sin embargo, ha querido Dios asignarnos esta gloria inmensa á título de recompensa y de justicia. Pero para hacérsela merecer, nos hace antes participantes de los méritos de Jesucristo, y revela por su gracia el mérito de nuestros trabajos.

“Por eso lo que mas esperan las criaturas, continúa San Pablo, es que se manifieste esta gloria de los hijos de Dios.” San Agustin cree, que por las criaturas deben entenderse aquí todos los fieles que suspiran por el fin de las miserias de esta vida, y que descubriendo con las luces de la fé, la felicidad que les está preparada en el cielo, y que es el objeto de su esperanza, desean con ansia, aguardan con impaciencia, piden con fervor que llegue el feliz momento que debe ponerles en posesion de aquella bienaventurada herencia. Segun otros muchos santos padres, las criaturas significan aquí todos los hombres, y singularmente los gentiles, cuya vocacion á la fé comienza á anunciar el apóstol, como que debe ser el principio de su libertad. El Mesías se llama en la Escritura el descanso de las naciones, pues habia mucho tiempo que los gentiles sentian el peso de sus miserias, las que los hacian gemir, y los tenian tanto mas abrumados, quanto eran menos los socorros que tenian para salir de ellas, que los que tenian los judíos: habíalo permitido así Dios, para manifestar á su tiempo los tesoros de sus misericordias sobre ellos. Habia en fin llegado el feliz momento en que debian ser reconciliados con su Dios. Las gracias que se les habian comunicado, les hacian mas pesadas y mas sensibles sus miserias.

El hombre no fué hecho sino para Dios, este es nuestro fin: Dios no pudo formarnos sino para sí; cualquier otro fin que este, era incapaz de satisfacernos. Sobre este punto, no tenemos sino que consultar á nuestro corazon. Dios solo es el centro de nuestro descanso; fuera de este centro, nuestro corazon está en una agitacion continua. Acá abajo nada es capaz de

satisfacer la propension natural, la extremada pasion que tiene todo hombre de ser feliz. Por mas que los hombres se desvelen y trabajen por ser felices en esta vida, ninguno hasta ahora ha podido hallar una quietud llena y perfecta en que se hayan fijado todos sus deseos: siempre queda un vacío infinito, que todos los objetos criados no pueden llenar: el hombre no ha sido hecho para ellos; es necesario que se eleve hasta Dios, y desde el momento que toma este partido, halla una paz, una suavidad, que no ha podido hallar en otra parte: señal evidente de que Dios es el fin y el centro de su descanso. Solo en el cielo se halla este perfecto reposo, dice San Agustin, esta felicidad llena y perfecta; y esto es por lo que suspira naturalmente todo hombre, aunque la mayor parte no conoce donde está el centro de su descanso y de su felicidad. Los udíos eran los únicos que lo conocían. Se puede decir que los otros pueblos lo deseaban sin saber donde estaba. Jesucristo vino á enseñárselo á todas las naciones de la tierra, y el cristianismo les enseña, donde está y donde se halla esta felicidad inseparable del sumo bien, por la que todo hombre suspira naturalmente, y la que no puede hallarse en la tierra. Esta felicidad, esta dicha de la otra vida, hacia gemir tambien á los apóstoles, y á todos aquellos primeros fieles, mas que á los demas hombres, por el ardiente deseo que tenian de salir de este lugar de destierro, y de ir á gozar de aquella celestial gloria, de que tenian formada una idea tan alta. Quanto mas ilustrado está uno de las vivas luces de la fé, quanto mas ardentemente ama á Jesucristo, tanto mas suspira por la estancia de la celestial Jerusalem. Deseo ardentemente salir de esta vida y estar con Jesucristo, decia San Pablo. En este mismo sentido, dice aquí el santo apóstol, que no solo son los gentiles los que suspiran por su libertad. Hasta nosotros que hemos recibido las primicias del Evangelio, y hemos sido santificados por el Espiritu Santo, esperamos tambien el entero cumplimiento de nuestra adopcion, es decir, la gloria, que es la perfeccion y el efecto de la adopcion; nosotros suspiramos sin cesar por aquella celestial patria, y gemimos por vernos todavia en este lugar de nuestro destierro.

La milagrosa pesca que Jesucristo hizo coger á San Pedro en el mar de Tiberiades, hace el asunto del evangelio de este dia.

Habiendo el Salvador corrido la Judéa, la Galilea, el pais que llaman de *Decapolis*, porque comprendia en su distrito diez ciudades, y los lugares del otro lado del Jordan, haciendo en todas partes bien y obrando un sinnúmero de milagros, se vió bien pronto seguido de una multitud de gente que no le dejaba descansar. Estando un dia á la orilla del lago de Genezaret, llamado tambien mar de Tiberiades, y viendo que cada instante se aumentaba la muchedumbre que le oprimia, advirtió junto á sí dos barcas ancladas á la orilla por haber bajado los pescadores á lavar las redes. Habiendo el Señor entrado en una de las dos, que era la de Simon, le dijo que se apartara un poco á la ribera; y habiéndose sentado, se puso á enseñar al pueblo desde encima de la barca. No fué sin misterio el escoger Jesucristo entre las dos barcas la que era de Simon. *¿Qué otra cosa, dice San Gregorio, nos significa la barca de San Pedro, á donde sube Jesucristo para enseñar al pueblo, sino la Iglesia, que debe encomendarse al cuidado de este santo apóstol?* En sola esta Iglesia, encomendada á San Pedro y á sus sucesores, nos instruye Jesucristo, dicen los intérpretes, esta es la fuente pura donde bebemos la verdad sin mezcla; fuera de esta barca todo es riesgo, todo naufragio: fuera de esta Iglesia no hay salvacion.

Despues que el Salvador hubo instruido á aquel pueblo de la palabra de Dios, hizo un estupendo milagro, cuyas circunstancias son otros tantos misterios. Le dijo á Pedro que se metiese en alta mar y tendiese la red. No era en la Judéa, significada por la orilla de aquel mar, donde el Evangelio debia hacer mas conquistas; donde se habia de hacer esta abundante y maravillosa pesca era en alta mar, es decir, que la fé de Jesucristo habia de triunfar en medio de las naciones y hasta en el centro del paganismo, por la conversion de los gentiles. A vosotros, decian San Pablo y San Bernabé, hablando con los judíos, á vosotros se os debia anunciar primero la palabra de

Dios; pero por cuanto la desechais, y os juzgais indignos de la vida eterna, veis aquí que nos vamos á anunciarla á las naciones.

Maestro, dijo San Pedro al Salvador, nos hemos fatigado toda la noche, que era el tiempo mas propio para pescar, y nada hemos cogido; con todo, aunque no debiamos esperar naturalmente una suerte mas feliz por el dia, voy sin embargo á echar la red fiado en tu palabra; y habiéndola echado entonces, su fé, aunque débil y principiante, pudo mas para con él que su razon y su experiencia, y así fué liberalmente recompensada. No bien habia echado la red, cuando se llenó de peces en tanta cantidad, que no tenian fuerzas bastantes para sacarla á la orilla, y fué preciso llamasen á los compañeros que estaban en la otra barca para que fuesen á ayudarles. En efecto, fueron y hallaron que la pesca era tan abundante, que hubo para llenar las dos barcas, las que de tan cargadas estuvieron á riesgo de irse á fondo. Todo es misterio en esta milagrosa pesca; todo es instruccion. Pedro y sus compañeros habian pescado de su propio motivo toda la noche, hanse fatigado y sudado sin coger nada; y solo una vez que echan la red de órden de Jesucristo, sin trabajar mucho, cogen bastantes peces para llenar las dos barcas. La pesca es aquí figura del ministerio evangélico; para ejercerlo con fruto es menester ser llamados á él por Jesucristo, estar animados de su espíritu y no trabajar sino de su órden. Cuando quien trabaja es el hombre solo, trabaja tal vez mucho, se fatiga, suda, pero todo es en vano y sin fruto. Tampoco se gana nada, antes bien se pierde todo cuando en su trabajo no se busca uno sino á sí mismo. ¡Cuántas personas harán un dia esta triste confesion! ¡Qué de trabajos sin fruto! Animados de un espíritu vano y con fines tal vez torcidos de una vivacidad del todo natural, ¡qué de celo infructuoso, ó á lo menos sin mérito! Cuando solo se obra por genio, cuando solo se hace la propia voluntad, cuando solo se sigue el humor propio y el capricho, se trabaja, se suda, pero siempre de noche y sin fruto. Tales son aquellas personas que parece debian ser ricas en buenas obras y en méritos, como

las llama el profeta, que no trabajando sino de noche, no han sido ricas ni poderosas sino en sueños; y no habiendo desperdado sino á la hora de la muerte, se hallaron con las manos vacías y con todos sus trabajos perdidos. San Pedro y San Andrés llaman á los de la otra barca para que vayan á tener parte con ellos en la pesca que habian hecho. ¡Ay de aquellos ministros de Jesucristo que por un puro amor propio quieren mas bien ver perecer una parte del rebaño, que partir el cuidado con otros por tener ellos toda la honra!

Aturdido Simon Pedro de este milagro, se postra á los piés de Jesus y exclama, todo fuera de sí: "Apartaos de mí, Señor, porque soy un pecador indigno de ponerme en vuestra presencia." Estas palabras solo son señal de un profundo respeto, de una santa admiracion á vista de un tan gran milagro; al modo que el Centurion no se creia digno de recibir en su casa á Jesucristo. Estos humildes sentimientos siempre son agradables á Dios: ninguna cosa nos hace menos indignos de estar con Jesucristo, que el conocimiento que tenemos y la sincera confesion que hacemos de no ser dignos; en esta disposicion debemos estar cuando recibimos á Jesucristo en la comunión: ninguna cosa gana tanto el corazon de Dios como una humildad pura y sincera. Esta virtud no está separada jamas de las otras virtudes, especialmente de la verdadera contrición. Santiago y San Juan, y todos cuantos estaban con Simon Pedro, no quedaron menos atónitos del prodigio que habian visto; su pasmo llegó á ser una especie de terror lleno de respeto, como el que ordinariamente causa la vista de una cosa maravillosa y no esperada; pero el Salvador los sosegó y los serenó, y dirigiéndose á San Pedro, le dijo: "No temas, sabe que te he elegido para otra especie de pesca, en adelante no te emplearás en coger peces, sino hombres." La pesca material y sensible que hizo aquí San Pedro, fué como un símbolo ó figura del ministerio apostólico y espiritual á que el Hijo de Dios lo elevó por su eleccion, así como en los sacramentos se sirve Jesucristo de signos sensibles para significar la gracia espiritual que obran. Acompañó la gracia á esta divina vo-

cacion, y desde este momento no dejaron jamas á su buen Maestro. San Pedro, San Andrés, Santiago y San Juan, antes sí lo dejaron todo por seguirle. Hasta este tiempo, aunque los apóstoles habian abrazado la doctrina de Jesucristo y se habian declarado por sus discípulos, todavía no habian renunciado todo lo que poseian; pues tenian aun su casa, su barca, sus redes, y hacian su tráfico ordinario. En esta tercera y última vocacion fué cuando lo dejaron todo, para seguir inseparable y únicamente á Jesucristo.

La epístola es del capítulo VIII de la de S. Pablo á los romanos.

Hermanos: estoy persuadido que los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con aquella gloria verdadera que se ha de manifestar en nosotros. Así las criaturas todas están aguardando con grande ansia la manifestacion de los hijos de Dios; porque se ven sujetas á la vanidad, no de grado, sino por causa de aquel que les puso tal sujecion; con la esperanza de que serán tambien ellas mismas libertadas de esa servidumbre á la corrupcion, para participar de la libertad y gloria de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta ahora todas las criaturas estan suspirando, y como en dolores de parto. Y no solamente ellas, sino que aun nosotros mismos que tenemos ya las primicias del Espíritu, nosotros, con todo eso, suspiramos de lo íntimo del corazon, aguardando la adopcion de hijos de Dios, la redencion de nuestro cuerpo, en Cristo Jesus nuestro Señor.

El evangelio es del capítulo V. de San Lucas.

En aquel tiempo: concurriendo muchas gentes á Jesus para oír la palabra de Dios, estaba junto al lago de Genezaret. En esto las gentes se agolpaban al rededor de él, ansiosas de oír la palabra de Dios. En esto vió dos barcas á la orilla del lago, cuyos pescadores habian bajado y estaban lavando las redes. Subiendo, pues, en una de ellas, la cual era de Simon'